



Ana pide a Dios un hijo

«Éste es el niño que yo le pedí al Señor, y él me lo concedió.» 1 Samuel 1:27

Ana estaba triste. ¿Por qué? Ella lloraba porque no tenía hijos. Su esposo Elcana hacía lo posible por consolarla.

—¿Por qué lloras, hijita? —le decía con cariño—. ¿No valgo yo más que diez hijos para ti?

—Sí, tú eres muy bueno y yo te amo —le respondía Ana—, pero lo que deseo es tener hijos.

Penina se sentía feliz y contenta, porque tenía varios hijos. Ella también era esposa de Elcana.

Dios nunca había dicho que un hombre podía tener dos esposas; pero ese era un tiempo en que muchos no cumplían la Ley de Dios.

Una familia con dos mamás

En la familia de Elcana había dos mamás: Ana y Penina. Cada año él llevaba a sus esposas y a sus hijos al templo en Silo. Allí visitaban al sacerdote Elí y ofrecían sacrificios a Dios.

Aunque Ana no tenía hijos, era la esposa favorita de Elcana. Cuando él daba a toda su familia las ofrendas que debían entregar, a ella le daba una parte especial, pero ni eso la podía alegrar.

Entonces Ana hizo algo muy bueno, en realidad, lo mejor. Ella hizo lo que debemos hacer cuando estamos tristes o cuando algo nos preocupa. Ana decidió pedirle a Dios que le diera un hijo. Ya se había cansado de llorar y se dio cuenta de que era mejor orar.

Ana ora y pide a Dios un hijo

Una tarde, después del almuerzo, Ana fue al templo. Allí estaba Elí sentado en una silla, tal vez, tomando la siesta. Muy calladita, Ana se acercó a orar.

Las lágrimas corrían por sus mejillas cuando derramó su corazón delante de Dios. Eso significa que le contó todas sus penas al Señor y le pidió un hijo.

«Jehová de los ejércitos —oró Ana—, si me dieras lo que más deseo en la vida, un hijo varón, yo lo dedicaré para que te sirva todos los días de su vida».

Jehová de los ejércitos es como decir: Dios todopoderoso. Es reconocer que el Señor Jesucristo todo lo puede.

Mientras Ana oraba, con lágrimas que le corrían por las mejillas, el sacerdote Elí la miraba desde la silla donde estaba sentado. No podía escuchar lo que ella decía, porque solamente movía los labios, y su voz no se oía.

—Oye, mujer —le dijo Elí—, ¿hasta cuándo vas a estar ebria? ¿No te da vergüenza venir así al templo?



Elí bendice a Ana

¿Cómo se sintió Ana cuando Elí le dijo que estaba ebria? Tal vez sintió aún más tristeza en su corazón.

—No, señor —respondió Ana—, no he bebido, sino que estoy triste. He venido aquí a derramar mi corazón delante de Dios. Le he pedido algo muy especial.

—Perdón, hija —dijo Elí—. Si es así, te doy mi bendición. Ve en paz a tu casa, y el Dios de Israel te dé lo que le has pedido.

Contenta y agradecida Ana salió del templo.

Seguramente Elcana se sorprendió al ver que Ana estaba feliz. Ya no lloraba, sino sonreía y cantaba alabanzas a Dios.

No sabemos si ella le contó su secreto, lo que había pedido de Dios.

Dios responde a la oración de Ana

Pasaron unos meses y algo empezó a suceder en el cuerpo de Ana. De pronto, se estaba poniendo gordita. Tal vez, por molestarla, Penina le decía que debía hacer dieta. Ana sonreía y pensaba dentro de sí: *Pronto estaré más redondita.*

¿Verdad que es una maravilla cómo Dios hace que los bebés crezcan dentro del vientre de la madre? ¡Es un milagro!

Pasaron unos meses más y Ana dio a luz a un hermoso niño. ¿Te imaginas qué contenta estaba?

—Se va a llamar Samuel —dijo Ana—, porque lo he pedido a Dios. (Samuel significa «demandado de Jehová».)

Ana ya no lloraba; no había tiempo para eso. Estaba ocupada cuidando a su hijito, cambiándole de pañales cuando se mojaba y dándole su leche.

Ana cumple su promesa

Ana había prometido entregar el niño a Dios para que le sirva. No podía olvidar esa promesa. Cuando Samuel creció tanto que podía estar sin su mamá, Ana lo llevó al templo en Silo, para que viva allá con el sacerdote Elí.

—Yo soy aquella mujer que lloraba desesperadamente —dijo Ana a Elí—. Este es el niño que pedí a Dios. Ahora quiero dedicarlo a Jehová todos los días de su vida.

Fue así que Ana dejó a Samuel en el templo, a cargo de Elí. Luego, cada año, iba a visitarlo llevándole ropa nueva.

Así como Ana le contó todas sus penas al Señor y le pidió lo que más deseaba, Dios puede darte lo que tú necesitas, si se lo pides de todo corazón.

Muchas veces Dios ha respondido a mis oraciones. Dios responderá también cuando le pidas con fe lo que deseas.